



LOS QUE

Hubo un segundo Oswald (2)

¿De dónde procedía la bala número 399 encontrada sobre una camilla en el hospital de Dallas? La bolsa de papel que llevaba Oswald la mañana del atentado, ¿pudo contener su carabina? ¿Cómo pudo Oswald aparecer simultáneamente en dos lugares diferentes? Examinando punto por punto, tres años después del asesinato de Kennedy, las conclusiones del informe Warren, Richard H. Popkin ha demostrado la semana anterior que la tesis oficial era indefendible. Pero si Oswald no fue el asesino, ¿quién disparó?

EN mi opinión, distintos elementos de la investigación prueban que ha existido un falso Oswald, que se hizo notar voluntariamente en distintos lugares y que desempeñó un papel decisivo el 22 de noviembre de 1963. Vamos a intentar ver cuál fue aquel papel.

El falso Oswald era un excelente tirador —le vieron llevar a cabo proezas en una barraca de tiro, el Sports Drome Range—, lo que no ocurría con el auténtico. El papel del verdadero será, pues, el de atraer las sospechas sobre él, el de echarse la Policía a los talones, mientras que el falso, uno de los verdaderos asesinos, se eclipsa discretamente, como le han visto hacerlo los dos testigos Worrel y Craig, que vieron a un «Oswald» salir corriendo del depósito escolar, unos minutos después del atentado, y subir a un coche que le esperaba. Si se acepta esta versión del crimen, la mayor parte de los elementos del informe, aparentemente inexplicables, encuentran una interpretación plausible. **SIGUE**



DISPARARON



Oswald, herido de muerte tras los disparos que le hizo Ruby, es trasladado al mismo hospital donde murió Kennedy. Desde aquel momento, la opinión pública comenzó a preguntarse quién había matado al Presidente. Quién o quiénes.



Puente desde el cual, según la tesis de Buchanan, se hicieron también disparos.

Automóvil presidencial

Ventana del sexto piso del «Depósito de libros» desde donde, según la versión oficial, disparó Oswald.

Esta foto recoge la hipótesis de Buchanan, según la cual se disparó desde dos puntos distintos sobre el coche que ocupaba el Presidente Kennedy. La teoría no ha podido ser satisfactoriamente rebatida por nadie.

DOS "FALSAS PRUEBAS"



La noche del 21 de noviembre, Oswald, conspirador metódico, va a Irving, arrabal de Dallas donde vive su mujer, Marina, con las manos vacías. A la mañana siguiente se dirige al depósito escolar, acompañado por Frazier, con un paquete de 70 centímetros de largo —demasiado corto para contener su carabina— que atrae la atención

de Frazier y de su hermana. Pero el paquete desaparece —probablemente arrojado a una papelería municipal— antes de que él entre en el edificio. El verdadero y el falso Oswald entran separadamente en el depósito escolar. Puesto que el primero no ha hablado prácticamente a nadie, el segundo puede entrar fácilmente sin hacerse notar. Aquel día, o en una fecha anterior, uno de los dos ha introducido la carabina en el edificio.

¿De qué modo? Dos detalles inquietantes permiten pensar que no debió resultar muy difícil. En primer lugar —según la declaración de Marina—, Oswald había salido sin su carabina y vuelto sin ella cuando fue a cometer su atentado frus-

trado contra el general Edwin A. Walker, el 10 de abril de 1963. Había, pues, escondido el arma, antes y después, fuera de su casa. Le era fácil hacer lo mismo en noviembre. Por otra parte, uno o dos días antes del asesinato, alguien llevó dos fusiles al edificio y Mr. Truly, director del depósito escolar, jugó con ellos apuntando al azar por la ventana. Ninguno de los empleados mencionó este hecho en su deposición, y aquél no pasó a conocimiento de la Comisión sino porque Oswald hizo mención de él en el transcurso de su interrogatorio. Los demás empleados no habían visto nada. La posesión de un arma de fuego es cosa tan corriente en Dallas que, salvo el 22 de noviembre, podía llevarse una a cualquier sitio sin hacerse notar.

Por la mañana, Oswald fabrica la bolsa que será encontrada cerca de la ventana del quinto piso. Los dos testigos que vieron la bolsa que llevaba por la mañana son tajantes: era demasiado pequeña para haber podido contener la carabina. Al confeccionar una más grande, Oswald forja una «falsa prueba» que le incriminará directamente y dirigirá inmediatamente las sospechas sobre él.

En un momento dado, los dos Oswald desplazan varias cajas de cartón para instalarlas ante la ventana del quinto piso, sea para fabricar otra «prueba», sea para preparar efectivamente el tiro, sea por ambos motivos. Quedan una serie de huellas no identificadas sobre las cajas, aunque todos los empleados, policías y miembros del F. B. I. que han podido manipularlas no han sido puestos en tela de juicio. Oswald parece haber pasado la mañana muy normalmente, y se le vio trabajar en diferentes pisos. Preguntó a alguien por qué lado llegaría el cortejo presidencial, como para dejar señalado que él no le concedía ninguna importancia. Hacia las doce, dijo que iba a comer. Y le encontraron después, a continuación del asesinato, perfectamente tranquilo, en la cantina, dirigiéndose al distribuidor de bebidas gaseosas.

SIN MUNICIONES



A las 12,30 ó 12,31 son hechos los disparos, con una precisión muy superior a la que nunca se obtuvo con el fusil de Oswald. Casi todos los que se encuentran en la zona del atentado piensan que el primer disparo por lo menos fue hecho desde el otero que domina la carretera, delante y a la derecha del coche presidencial. Algunos incluso vieron humo en esta dirección.

Pero, aparentemente, otros disparos fueron hechos desde el depósito escolar. Si son los que alcanzaron a Kennedy en la espalda, y después a Connally, y después de nuevo a Kennedy en la cabeza, el tirador hizo prueba de una precisión extraordinaria. Sin embargo, la carabina de Oswald, mal ajustada, no permitía un tiro muy preciso, y es posible que nunca haya sido utilizada. Por extraño que esto parezca, en efecto, nadie ha comprobado nunca que hubiera sido utilizada aquel día y nadie ha notado olor a pólvora en el quinto piso. Los tres cartuchos encontrados cerca de la ventana tienen la particularidad de que llevan —según el informe del F. B. I.— unas marcas indicando que han sido introducidos dos veces en la carabina y quizá incluso una vez en otro arma. Ahora bien, los testigos que han visto al segundo

Oswald entrenarse en el Sports Drome Range han notado que recogía cuidadosamente los cartuchos expulsados para conservarlos. El F.B.I. ha examinado todos los cartuchos de calibre 6,5 mm. que se había podido encontrar en las barracas de tiro de Dallas: ninguno podía haber sido disparado por la carabina de Oswald.

Otro hecho inquietante: no se ha recogido ningún testimonio que indique que Oswald hubiera comprado nunca municiones. Los armeros de Dallas que venden este tipo de cartuchos no se acuerdan de haberle visto en su tienda. Lo que es más, y que es señalado por Weisberg en su libro, no se ha encontrado ningún cartucho entre sus efectos personales. Si es el segundo Oswald el que ha disparado, es que tenía sus propios cartuchos, que un cómplice podía haber comprado en Dallas o en otro lugar.

Por otra parte, no había ninguna huella digital sobre la carabina de Oswald, ni sobre los cartuchos vacíos, ni sobre el que todavía estaba en el cañón. La famosa huella de la palma era antigua y se encontraba en una parte de la carabina sólo accesible cuando el arma estaba desmontada. Según la tesis de la Comisión, la carabina ha sido, pues, vuelta a montar, cargada con cuatro balas, utilizada para un tiro ultrarrápido y escondida tras unas cajas, todo ello sin que el tirador deje la menor huella. Si la carabina ha sido limpiada por Oswald, ¿cuándo lo ha hecho? ¿Y con qué? Según la Comisión dispuso del tiempo justo para esconder la carabina y bajar la escalera antes de ser visto en la cantina. Si llevaba guantes, ¿dónde están? Todos estos enigmas quedan resueltos si se admite la existencia de un segundo Oswald que llevaba guantes o que pudo tomarse todo el tiempo preciso para limpiar las huellas.

EN EL MALETERO



¿Qué pasó después del atentado? En mi hipótesis hay dos asesinos, además del sospechoso Oswald. El primer asesino está en el otero que domina la carretera, delante y a la derecha del coche presidencial. El segundo asesino —el segundo Oswald— está en el quinto piso del depósito escolar. Lo que ha hecho admitir a mucha gente razonable, a pesar de los testimonios de personas que se encontraban en el lugar de los hechos, que ninguno de los disparos había sido hecho desde el otero, es que los policías y los adjuntos del sheriff que han registrado inmediatamente toda la zona después de los disparos no han encontrado nada en ella. Habría que explicar, pues, cómo el segundo tirador, si hubo uno, pudo eclipsarse sin ser notado.

Cuando visité el lugar del atentado, me pareció que el lugar ideal donde un tirador podía emboscarse era el aparcamiento de coches situado precisamente detrás del otero. Está rodeado de un cierre que ofrece un apoyo perfecto para apuntar. No se ve desde el puente. El ángulo de tiro, en relación al coche presidencial, concuerda con las apreciaciones de los médicos y los documentos fotográficos. Pero entonces, ¿qué ha sido del tirador? Creo que pudo, o bien esconder su fusil en el maletero de un coche y unirse a la muchedumbre que buscaba al asesino, o bien encerrarse él mismo, junto a su fusil, en un maletero.

SIN PRISAS



La entrevista de un testigo, aparecida en el «Philadelphia Inquirer» del 27 de junio de 1966, parece confirmar esta tesis. Mr. S. M. Holland, que ya había afirmado a los investigadores haber visto humo que se elevaba sobre el otero, declara, en efecto:

«Había en el aparcamiento, con la parte trasera contra el cierre, dos coches. El suelo estaba embarrado y... había rastros de barro en el parachoques trasero de uno de ellos, como si alguien hubiera subido a él para mirar por encima de la valla. Las huellas de pasos conducían hacia el otro coche y se separaban allí. Con frecuencia me he preguntado si un hombre no habría podido encerrarse en el maletero de aquel coche, esperando que un cómplice viniera para llevarle fuera del aparcamiento».

En cuanto a los dos Oswald, uno —probablemente Lee Harvey— fue visto en la cantina del depósito escolar, en el segundo piso, alrededor de minuto y medio después de los disparos. El otro se escapó por una puerta trasera, observado por el testigo Worrel, se escondió un momento y después corrió hacia la carretera —observado por el sheriff adjunto Braig—, subió en un coche que le esperaba y desapareció. El verdadero Oswald, por su parte, siguió un extraño itinerario, multiplicando por todas partes las huellas de su paso. Tomó un autobús a algunas manzanas del depósito escolar y pidió un billete de correspondencia que no necesitaba. Bajó unos minutos más tarde, fue hasta la esta-

LOS QUE DISPARARON

ción de ferrocarril y tomó un taxi. Si verdaderamente hubiese querido desaparecer, habría podido mezclarse sin dificultad a la multitud del centro de Dallas, tomar un tren, ir al cine, hacer cualquier cosa. En la estación, ni siquiera daba la impresión de tener prisa: ofreció su taxi a una mujer que buscaba uno. Insistió para sentarse al lado del chófer —quizá para ser mejor visto por él—, se hizo depositar a algunas manzanas de su casa e hizo el resto del trayecto a pie, otra indicación de su falta de prisa. Entró en la casa, subió a su habitación y salió de ella unos minutos más tarde.

Su patrona, Mrs. Earlene Roberts, señala dos hechos interesantes: 1) Mientras Oswald estaba en su habitación, un coche de policía se paró ante la casa: el chófer tocó el claxon, esperó un momento y después se marchó. 2) Cuando Oswald salió, esperó varios minutos cerca de la parada de autobús, que se encuentra ante la casa. Después, se alejó a pie hacia el lugar de su encuentro con el agente Tippit.

El asunto Tippit es desconcertante. El asesinato de un policía, en un momento de enloquecimiento, no corresponde en absoluto a lo que se conoce del carácter de Oswald, siempre tranquilo e imperturbable. Parece curioso, por otra parte, que Tippit haya interpelado a un sospechoso. No tenía ninguna viveza de espíritu y nunca tomaba ninguna iniciativa, lo que confirma el hecho de que no haya tenido ningún ascenso en trece años de carrera. Resulta difícil de creer que la descripción, muy vaga, difundida por la Policía y que podía adaptarse a millares de hombres de Dallas, haya bastado para incitar a Tippit a detener a Oswald tan lejos del lugar del atentado.

SIGUE

Segundos después de que Kennedy fuese abatido fue tomada esta fotografía, en la que se creyó reconocer a Oswald (en el círculo) y que se presentó como una prueba de la no culpabilidad del presunto asesino.



UN MALENTENDIDO



Ante un tribunal, las pruebas de la culpabilidad de Oswald en el asesinato de Tippit no habrían parecido muy convincentes, y, sin duda, un buen abogado habría podido evitar una condena. Admitamos, de todos modos, que Oswald ha disparado. ¿Por qué lo habría hecho? Si Tippit le hubiera detenido para una confirmación de identidad, Oswald poseía los suficientes documentos —a nombre de A. J. Hidde— para salir fácilmente de apuros. El mejor medio de pasar inadvertido, si es que Oswald intentaba desaparecer, no era, desde luego, matar a un policía en plena calle.

Yo propondría otra explicación. El papel de Oswald es el de convertirse en el principal sospechoso y, hasta ahora, lo ha interpretado magníficamente. Menos de una hora después del atentado, tiene a toda la Policía en los talones. Si se trata de un complot, se ha previsto la manera de que Oswald pueda huir. Los dos asesinos, como se ha visto, han sido escamoteados inmediatamente después del atentado. Oswald, por su parte, gana su domicilio por sus propios medios. Unos minutos después de su llegada, un coche de policía se para delante de su casa y toca el claxon. ¿Qué mejor que un coche de policía —verdadero o falso— para llevar a un hombre a lugar seguro? (El informe Warren señala, precisamente, que viejos coches de la Policía de Dallas han sido vendidos a particulares.) Oswald, sin embargo, no acude a la cita. Cuando sale se queda un momento ante la parada de autobús para esperar

el coche y después parte en su busca. Es entonces cuando llega Tippit, circulando despaciosamente. Oswald cree que se trata del cómplice al que espera y se acerca. Tippit se ha encontrado ya con el «segundo Oswald» en el restaurante Dobbs House, dos días antes, y le ha visto armar un escándalo porque los huevos estaban mal hechos. Le reconoce y se para para decirle algo sobre su conducta de la antevíspera. Los dos hombres son víctimas, entonces, de un formidable malentendido. Oswald se imagina de repente que Tippit se ha dado cuenta de quién es y dispara. Desaparece durante media hora. Se le encuentra ante el cine Texas, donde entra sin comprar la entrada. Es lo que le hace notar y provoca su detención.

La bala 399, disparada por la carabina de Oswald, pero que aparentemente no ha atravesado a nadie y que cualquiera ha podido depositar en la camilla donde fue encontrada, los cartuchos descubiertos en el quinto piso, la bolsa de papel, todo estaba en su lugar para hacer de Oswald el sospechoso número uno. Pero es probable que él también debiera desaparecer. Después, como ha subrayado Fidel Castro el 29 de noviembre de 1963, las actividades «pro-castristas» de Oswald en Nueva Orleans habrían permitido a mucha gente afirmar que se había refugiado en Cuba.

A SANGRE FRÍA



El asesinato de Tippit y la detención de Oswald en el cine son, pues, los únicos acciden-

tes en el desarrollo de lo que hubiera podido ser un «complot perfecto». La hipótesis según la cual Oswald debía atraer sobre él las sospechas sin ser, sin embargo, uno de los asesinos, parece confirmada por su comportamiento en la prisión. Su mujer, Marina, ha declarado que quería hacer pasar su nombre a la Historia. Si esto fuera verdad, y si Oswald hubiera realmente matado a Kennedy, podía adquirir un renombre duradero, ya que no honorable, reivindicando su acto. Por el contrario, mantuvo tranquilamente que era inocente y que lo probaría en cuanto hubiera visto a su abogado. Los miembros de la Policía, del F. B. I. y de los servicios secretos quedaron estupefactos ante su sangre fría, e impresionados por sus constantes protestas de inocencia. Cuando su hermano, Robert Lee, fue a verle, Oswald le aseguró que no había hecho nada y le dijo que no creía en las «pretendidas pruebas».

Si el plan de quienes organizaron el complot era el que he indicado, Oswald ha interpretado perfectamente su papel. La Policía se lanzó a su persecución abandonando todas las demás pistas, todos los demás sospechosos, todas las demás posibilidades. Sin embargo, ante un tribunal, la existencia de un segundo Oswald y los rastros que dejó por todas partes, habrían hecho inutilizables contra el propio Oswald la mayoría de los «testimonios oculares». (Alguien, incluso, se ha tomado la molestia de telefonar anónimamente a la Policía, el 24 de noviembre, para notificarle la existencia de un «recibo» a nombre de Oswald por la fabricación de tres agujeros en un fusil, en la Irving Sports Shop.) Nadie ha visto realmente a Oswald en el lugar del crimen. La declaración de Brennan, el único que vio una silueta en la ventana del quinto piso, es extremadamente frágil, sobre todo si hubiera un segundo Oswald.

La flecha indica el lugar en que fue alcanzado el coche del Presidente Kennedy. El asesino estaba situado en la ventana del edificio que aparece en primer término.



La bolsa de papel tampoco hubiera sido una prueba convincente, sobre todo si se hubiera presentado al tribunal una segunda bolsa más corta, la que Oswald habría podido hacer. Es muy posible que Oswald se hubiera quedado tranquilamente en la cantina durante el atentado, esperando a ser visto por el agente Baker y por el director del depósito escolar, Truly, lo que podía presentarse como una buena coartada. De todos modos, las pruebas, cuidadosamente acumuladas, de la existencia de un segundo Oswald habrían bastado para suscitar dudas razonables sobre la culpabilidad de Oswald al demostrar que era posible otra explicación del crimen.

La que yo propongo no es, evidentemente, más que una hipótesis, pero, a diferencia de la tesis oficial, da cuenta de la mayoría de los testimonios recogidos y exige menos «milagros». Puesto que el segundo Oswald era un excelente tirador, la proeza del asesino se hace verosímil. La presencia de dos tiradores concuerda con el relato de la mayor parte de los testigos del atentado, que han estimado que el primer disparo por lo menos había sido hecho desde el otero. Mi explicación no obliga a dejar de lado los testimonios de todos los que han visto al segundo Oswald. Finalmente, permite comprender la historia extraña de la bala 399 y dar una tentativa de interpretación al asunto Tippit.

La Comisión Warren ha debido recurrir a los medios más extremados para hacer plausible su tesis del «asesino único», apoyándose en algunas de las declaraciones más dudosas y de las pruebas más frágiles. Su reconstitución cronológica de los acontecimientos muestra hasta qué punto es poco probable que Oswald haya hecho solo todo lo que se le atribuye. Y quedan, en la tesis oficial, cierto número de «huecos» importantes: la ausencia de huellas de Oswald en la superficie de la carabina y en los cartuchos; el comportamiento de Oswald después de su detención, inexplicable en la hipótesis de su culpabilidad, etcétera...



El día después del asesinato de Kennedy, miles de flores cubrían el lugar exacto donde cayó el Presidente.

UN FLACO SERVICIO



Después de los análisis críticos de Cook, de Epstein, de Salandria y de Weisberg, la Comisión se encuentra reducida a la defensiva, constreñida a probar la simple posibilidad —para no hablar de la probabilidad— de su tesis. Si Kennedy ha sido herido bastante abajo, en la espalda, y no en la nuca —como algunas respuestas de la Comisión parecen admitir— la hipótesis del asesino único se hace indefendible. La cuestión no podría ser zanjada más que a la vista de las fotos y las radiografías del cuerpo de Kennedy, hechas en el momento de la autopsia. Ahora bien, estos documentos no sólo no han sido nunca publicados por la Comisión, sino que nunca le han sido presentados. Parece que hayan desaparecido misteriosamente.

Desde el principio de la investigación, la existencia de los dos asesinos se presenta, a mucha gente, como la hipótesis más probable. Y no puede explicarse razonablemente más que por la hipótesis paralela de un complot que puede

extraerse de un examen crítico de dos de las principales piezas de convicción: la bolsa de papel y la bala 399. Para establecer la naturaleza y el origen de este complot, sería preciso, evidentemente, disponer de muchos más elementos que los que contienen los 26 volúmenes del informe, puesto que la Comisión nunca ha tomado en cuenta seriamente esta posibilidad. Un suplemento de investigación podría hacer surgir nuevas informaciones y permitir hipótesis más precisas que la mía. De momento no pueden hacerse más que suposiciones sobre la filiación política de los autores del complot, que podrían haber sido extremistas de derecha o refugiados cubanos, que no perdonaran a Kennedy el haber abandonado al comando anticastrista en la aventura fallida de Bahía de los Cochinos, en abril de 1961.

La única conclusión cierta que puede extraerse hoy es que la Comisión Warren ha hecho un trabajo pésimo y rendido un flaco servicio a la opinión americana y mundial. La prensa americana, sin embargo, como casi todas las personalidades eminentes del país, ha aceptado sin

discusión el informe, porque la hipótesis de un complot les parecía inconcebible. En un mundo sacudido a cada instante por complots diversos —los de los trusts, en el mundo de los negocios; de la Mafia, en el universo del crimen; de la C. I. A., en los asuntos internacionales— a la opinión americana le ha parecido inimaginable que dos o más personas decidieran, juntas, asesinar al Presidente de los Estados Unidos. Pero este asesinato es uno de los acontecimientos más importantes de nuestra historia, y América no podrá agarrarse indefinidamente a la idea tranquilizadora de que el crimen ha sido cometido por un loco solitario, sin ninguna complicidad. Un día tendrá que mirar de frente la realidad de lo que ocurrió en Dallas, el 22 de noviembre de 1963. Y deberá buscarla en otro lugar que el informe de la Comisión Warren.

FIN

RICHARD H. POPKIN

Copyright © 1966 "The New York Review".
Extractado de la obra publicada en los Estados Unidos por "Aven" y "The New York Review of Books".